

LO QUE QUEDA EN EL TINTERO



MIGUEL AMADOR
Producto publicitario



MARIA MARTIN
En «off» del cine

el tiro por la culata

El mundo del disco está montado sobre un tinglado de mil diablos; de la noche a la mañana surge un cantante que se hace famoso por arte de birlibirloque. El mecanismo es bien sencillo: armar ruido y que se hable de uno en los periódicos. Yo no tenía idea —no soy un experto en estas cuestiones— de la existencia de Miguel Amador. Miguel Amador, que por lo visto es un Don Juan argentino, me lo descubrió Alex Marco, autor de una canción, «Señor», que debía entrenar el cantante. Por Alex Marco me enteré de la personalidad de Miguel Amador, que no se llama así, sino Héctor Pontón. Alex Marco, por la cuenta que le traía, hacía de relaciones públicas del cantante. Pero ahí está lo bueno: a Alex Marco le hacía propaganda Enrique Andreo, que desde París enviaba noticias sobre estas dos figuras que a fuerza de letra impresa le había creado una personalidad. Alex Marco se mueve en la sombra para dar relieve a Miguel Amador y Enrique Andreo y Alex Marco son una misma persona que se jalea a sí mismo. Confieso que piqué, reconozco que el mecanismo es ingenioso, pero como no me hace ninguna gracia que hayan sorprendido a mi buena fe, lo cuento a la vez que hago público un sistema de propaganda que da muy buenos resultados hasta que se descubre, claro. Y a veces sale el tiro por la culata...

la redacción. Marceia D'Arle ha sido protagonista de un sinfín de aventuras: ha estado en La Meca siendo cristiana, ha buscado al bandido Giuliano, ha sido huésped del rey Saud de Arabia, ha pasado hambre, ha viajado por todo el mundo y no tiene miedo a nada. Y es una perfecta madre de familia. Pero va a bofetadas con el dinero. Me rogó intercediera en la dirección del hotel donde se hospeda para que le hicieran rebaja y trató de encontrar una compañía de navegación que le facilitase un pasaje gratuito para irse a Cádiz.



EDDIE FISHER
Un tipo listo

—¿Qué se le ha perdido a usted allí?— pregunté.

—Nada —respondió.

A Marceia D'Arle no se le ha perdido nada en ninguna parte de este mundo, pero el caso es marcharse. Así ha podido publicar diez o doce libros. Gracias a sus viajes los escribe, pero los libros no le dan para los viajes...

los fallos del cerrojo

Dos horas estuvo Eddie Fisher en Barcelona, de avión a avión; se fue a un hotel, se dio un baño y tomó un «picolabís» en compañía de su agente; veintidós dólares, taxis aparte. El que fue marido de Liz Taylor —y lo es todavía ante la ley— soportó mi encuentro con esa actitud clásica de un hombre que va a decir que no a todo. Pero la práctica del cerrojo tiene siempre puntos vulnerables: invitarle a que él escoja el tema e invariablemente él cae en lo que ha prohibido. Deduje que estaba tan tranquilo por el episodio que ha hecho gastar tanta tinta. Eddie Fisher, que aunque yo no entiendo de bellezas masculinas supongo que las mujeres lo encuentran feo, pasaría inadvertido si no fuera por el escándalo que le acompaña. Y aunque él diga lo contrario, sospecho que le gusta llamar la atención. Sufriría una grave desilusión si nadie nos ocupáramos de él. Y creo que no merece la pena...

le han dicho: «i love you»

Me enteré que María Martín había regresado de Hollywood. Creí que habría noticia y fui a verla. La hay, pero no lo que esperaba. La ya veterana artista del cine español ha estado en Hollywood, sí; pero como una turista cualquiera y la noticia no tiene ninguna relación con el cine, sino sencillamente que por aquellas tierras le han dicho en inglés «te quiero», y ella está dispuesta a ser americana. Esto supone el fin de una vida artística y está dispuesta a emprender una nueva vida. Nunca es tarde...

victima de su arte

Los diversos elementos más o menos interesados en la voz de

Paul Anka habían organizado, como en tantos sitios donde va este joven convertido en mito, un



PAUL ANKA
Un muchacho estupendo

retribimiento en el aeropuerto de Barcelona a base de jovencitas que no tienen nada que hacer llevadas al campo de aterrizaje en autobuses, amén de caravanas de motocicletas, todo bien preparado para que los fotógrafos capten el momento. Fui testigo. En honor a la verdad la puesta en escena falló y los funcionarios del aere-

puerto no entraron en juego y una manguera de esas que están a punto para sofocar cualquier fuego en un avión arremetió echufando al grupo juvenil que fue despejado en el acto. Para facilitar mi labor, los elementos antes aludidos me ofrecieron un asiento en el mismo coche que iba a ser trasladado Paul Anka a Barcelona ciudad. Lo tuve tan cerca de mí, que soporté la avalancha de muchachitas que irrumpieron sobre el automóvil para tocarlo o acariciarlo, y he de confesar que fui «toqueteados», por carambola, tanto o más que el divo, y me imagino que alguna jovencita enamoradiza pensaría que había apretado las manos del ídolo, cuando eran las mías. Por tocar, hasta me tocaron las narices, creyendo que eran las de él, claro. Temí por un momento deteriorar en mi traje por culpa de Paul Anka. Afortunadamente, no perdí ni un botón. Ni él tampoco.

Pero de toda esa tramoya es ajeno Paul Albert Anka, muchacho que cumplirá veintidós años el 30 de junio, nacido en Canadá, hijo de sirio y libanesa. El cantante me ha parecido un muchacho estupendo, tremendamente humano, de una inteligencia muy sutil, al que no se le ha subido el triunfo a la cabeza y que se da cuenta de que no vive su juventud, víctima de su arte. A él le gusta cantar, no escaltina ocasión de ello y se deja administrar. Pero en el fondo piensa que le va a ser muy difícil vivir como cualquier muchacho de su edad, y teme que entre tantas y tantas muchachas que se acercan a él, ninguna de ellas le hace al hombre que lleva dentro, sino al famoso que con su voz las enamora. Y es curioso que un chico tan asediado por ellas, si escarbas un poco en su interior, descubres que todavía se acuerda de una chiquita de cuando no era nadie. Se llama Diana. Y suspira encontrar una como aquella. Ya imposible...

a bofetadas con el dinero

Ya tengo una larga experiencia de recibir visitas de tipos pintorescos. No me sorprendió que viniera a la redacción de «La Vanguardia» una señora con unos recortes de periódico con el propósito de que hablase de ella. La escuché y le dije:

—Puedo creerla o no creerla: la creo.

La cité en su hotel y comprobé era cierto cuanto de un modo atropellado quiso explicarme en